

OBRAS ESCOGIDAS  
DEL  
DR. GINÉ Y PARTAGÁS



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0700391746

X

Catalog 27

DR. GINÉ Y PARTAGÁS

---

# OBRAS ESCOGIDAS

PRECEDIDAS DE UN

PRÓLOGO APOLOGÉTICO

DEL

DR. D. RAFAEL RODRÍGUEZ MÉNDEZ

— 1903 —

BARCELONA

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, DE SERRA H<sup>nos</sup> Y RUSSELL

Ronda Universidad, 6; Teléfono 861







\* En Barcelona el día 18 de Noviembre de 1836

† En la misma ciudad el 27 de Febrero de 1903



Á LA BUENA MEMORIA DE MI ADORADO PADRE

FALLECIDO EN LA NOCHE DEL DÍA 27 DE FEBRERO DE 1903

Delectando pariterque monendo.

*Este fué siempre tu predilecto lema, que guió en todo tiempo tu valiente y bien templada pluma, como tu vibrante, exténtorea é insinuante palabra.*

*Tus numerosas obras didácticas, de profunda enseñanza, bien conocidas de varias generaciones médicas, formaron época ante tu vista y serán sin duda consultadas ávidamente mucho después de tu llorada muerte.*

*La Higiene rural, tu primera labor, que concebiste y diste á la estampa robando horas al descanso, durante tu laboriosa época de médico de partido, ampliada más tarde en tu monumental libro de Higiene privada y pública, que tan grande recompensa mereció de la Academia de Medicina de Madrid, formaron sólida piedra angular del pedestal sobre que debieron descansar tus obras de Anatomía general, Médico-quirúrgica y topográfica, tus lecciones de Historia de la Medicina, el tratado de Frenopatología, tus celebrados libros de Dermatología y Sifiliografía y otros...*

*Mas estos libros, bien conocidos de tus discípulos y colegas, con ser tan grande su mérito, no fueron tu principal y más fecunda labor, sino que, en tu peregrinación por el vasto campo de la ciencia, que hallaste acá y allá preñado de abrojos y que supiste convertir, con titánico esfuerzo, en fértil y hermosa llanura de vegetación esplendorosa y lozana, procuraste siempre difundir tu ciencia, doquiera pensaste que la semilla pudiera dar ópimo fruto. Haciendo oír tu palabra en ateneos y corporaciones científicas y literarias ó políticas, fundando periódicos y dando á la estampa innumerables folletos y me-*

*morias y hasta novelas de sabor científico, fiel á tu lema de deleitar al propio tiempo que enseñar, esparciste por doquiera los frutos de tu gran talento, llevando la ciencia y la verdad por modo lento é insinuante á nutrir de una manera casi inconsciente, á mil cerebros sumidos en las tinieblas por la ignorancia ó la inacción.*

*Estos trabajos de tan preciado mérito, por hallarse esparcidos sin orden, fueron por desgracia poco ó nada conocidos de muchos, y aquilatados en su justo valor por unos pocos.*

*Honrar tu memoria por modo imperecedero, con tus propios méritos, que hoy, por desdicha mía, me es permitido poner á la luz del día, sin ofender tu inacabable modestia, fué el móvil que me llevara á reunir algunos de aquellos trabajos, publicándolos ordenadamente para enseñanza y goce de quien los desconociere, rindiéndote así un tributo de admiración como hijo, como discípulo y como hombre, haciendo fervientes votos porque este libro pueda ser, por lo que él supone, débil trasunto de la pena que siente el dolorido corazón que llorará eternamente la pérdida del padre más cariñoso y más querido.*

*Acepta ¡oh padre mío!, esta modesta ofrenda de tu hijo*

*Arturo Giné.*

Barcelona, Noviembre de 1903.

## PRÓLOGO APOLOGÉTICO

Es muy plausible la idea del Dr. Giné Marriera. Coleccionar algunos de los escritos de su malogrado padre, está de consuno justificado por los méritos del autor, el no ser muy conocidos varios de ellos por la generación presente y el respetuoso afecto del que quiere de este modo rendir culto á la memoria de personalidad tan prestigiosa. A la par, con esta reimpresión reverdecen los laureles que el Dr. Giné Partagás conquistara y de nuevo tenemos todos ocasión de aplaudir la simpática y trascendental obra de un hombre valioso. ¡Mil enhorabuenas al hijo que tuvo y puso en práctica pensamiento tan digno de loa!

Lo que ya no resulta tan justificado, ni quizás sea justificable, es que me encomiende el Prólogo, que tales son las producciones del distinguido Catedrático, que no han menester auxilio ajeno para ser presentadas con todos los honores y para que sean, por sí mismas, acogidas con entusiasmo. Con y sin Prólogo, hiciéralo quien lo hiciera, la labor intelectual aquí reunida es oro de ley y no necesita reclamos que adviertan su presencia, ni afeites que la tornen más vistosa.

Si la honrosa encomienda se me ha hecho por haber sido en vida el sincero amigo que alabó cuando lo creyó justo, y que censuró algunos hechos porque tal pena creyó merecida, ese leal amigo que con ruda franqueza habló siempre al hombre genial, tal vez el encargo tenga algún fundamento, que á los vivos como á los muertos se les debe la verdad, la verdad tan sólo, á aquéllos para el buen enderezamiento de sus actos y á éstos, ya incorregibles, para justipreciar á usanza histórica el concepto que sus hechos han de merecer de los presentes y de los venideros.

Quizás no sea sólo esta amistad la que haya decidido al encargo: parte en ello, y ciertamente principalísima, habrá tenido el haber presenciado casi toda la lucha titánica de Giné, el haberle alentado á las veces y el haber contribuído á sus triunfos en algún caso, siquiera en lugar muy secundario, cual corresponde á mis escasos méritos.

Sea por amistad, sea por hecho de presencia, lo positivo es que me cupo en suerte, por expresa petición del hijo, la inmerecida honra de ser el único vivo que figure en este homenaje póstumo tributado al padre.

Seguro estoy de que Giné, si á nuestra obra asiste, verá con gusto la intervención del amigo á quien profesaba un cariñoso respeto á pesar de la intimidad de nuestros afectos y de la frecuencia de nuestras entrevistas. Seguro estoy también de que no tomará á mala parte mis alabanzas, las alabanzas que merece, como asimismo lo estoy de que no ha de ver en nuestras diferencias, si las hubiere, motivo alguno de queja.

En pocos años, más rápidamente en Barcelona que en otros puntos de España, entró triunfante la reforma médica, la reforma representada por Virchow, Monneret, Niemeyer, Rabuteau... Y entró triunfante por el generoso y hercúleo esfuerzo de unos cuantos jóvenes médicos, entre los cuales fué Giné el más activo, el más consecuente y el más fecundo.

Casi todos aquellos jóvenes han sucumbido. Agrupados bajo una bandera que mantuviera enhiesta el insigne Mata, en vida de éste y luego de muerto, trabajaron con sin igual constancia. Abrieron ancha brecha en la muralla fronteriza y dejaron correr en abundancia los manantiales de la ciencia extranjera, que fecundaron con sus aguas los campos españoles de la Medicina y en son revolucionario lucharon con lo tradicional á los mágicos gritos, lanzados en la Real Academia de Medicina de Madrid, por el inmortal reusense: «¡Abajo los idólatras! ¡Vivan los iconoclastas!»

El *Pabellón médico* fué el órgano del nuevo apostolado para toda nuestra nación. *La Independencia médica*, todavía viva, lo fué después para Cataluña; desde ella, repercutieron los ecos de las nuevas ideas de los Pirineos al Ebro, y desde ella se conmovieron innumeradas veces los médicos rurales, como los urbanos y los estudiantes de nuestra Facultad. Cada número, verdadero acontecimiento, era esperado con ansia y constituía un nuevo empujón dado á las viejas creencias. El *desperta, ferro*, de los científicos cumplía maravillosamente su misión demoledora de lo arcaico, de lo rutinario. Al *ars medica tota in observatione* reemplazaban la crítica severa en el terreno de las ideas, el laboratorio y la experimentación en el de los hechos.

Cristalización de estas ideas fué la *Sociedad de Emulación para los Estudios anatómicos*, Sociedad creada por Giné con elementos escolares, seis por cada curso, á los que comunicó su ardor científico. De las tendencias de esta asamblea y de su organización especialísima se formará concepto con sólo decir que no tenía Presidente, ni Secretario, ni Tesorero, ni fondos... «primer hecho, seguramente, dice Giné, en la historia de las asociaciones humanas, en que antes de nacer se pensó en atacar el principio de dominación y de condensación de autoridad, que so pretexto del elemento orden, podría en nuestro caso abregarse una autocracia que nada podía legitimar, y que hubiera, á buen seguro, sido motivo de ruina para la Corporación».

Cristalización más grande y más consistente fué el establecimiento del *Instituto médico de Barcelona*, ideado por Letamendi con la complicidad de Giné. El *Instituto*, descrito por este último, «aprovechará todas las fuerzas del genio, encauzando ampliamente á la razón, para llegar al hallazgo de la verdad»; será un centro de discusión, «porque la discusión es la obligada oposición de las fuerzas de las inteligencias humanas»; «un sólido y vasto recipiente para acaudalar raudales de fuerza intelectual» «que la juventud atesora», que «ya no se desvanecerán cual humarada bella en las anchuras del espacio»; «exaltará las miras de la clase médica», «prodigando libertad á manos llenas»; y «la idea vivirá robusta y libre en el Instituto», gracias á la tolerancia, «porque éste á quien *cede libertad como á derecho, exige tolerancia como á deber*». «El *Instituto médico de Barcelona* es luz, porque luchará contra las tinieblas de la ignorancia»; «es *virtud*, porque el cultivo de las ciencias templará los arrebatos frenéticos de las pasiones y engendra el bien moral»; «es *arma de progreso moral y social*»; es «*fiador de armonía en la clase médica*». «¡Compañeros! acudamos sin tardanza á empujar el carro del progreso».

Al señalar las tendencias del Instituto, Giné, su gran sostén, abre de par en par su espíritu, revelando sus altruismos, sus entusiasmos y su confianza absoluta en el *plus ultra* de la ciencia, para gloria del país, para bienandanza de la Medicina, como él dijera con tanta arrogancia como convicción.

En la prensa, en las Sociedades científicas no oficiales, en la Cátedra, en todas partes, Giné, el incansable, el vehemente, trabaja con denuedo. En aquellos tiempos de guerra á muerte á la libertad en todas sus más espléndidas manifestaciones, valiente como pocos, arremete contra todos los obstáculos, no se cansa de golpear, ni de aumentar prosélitos y no pasa día sin combate, ni hay combate en que no obtenga la victoria.

Pocos hombres ha habido de más aliento. La generación presente le ha visto en ruinas: no ha conocido al campeón indomable é irreducible.

Bien pronto se coloca delante de todos y se gana por mérito propio el puesto más avanzado de la vanguardia. ¡Cuando pasados años de esta larga fiebre, en que las ideas, más que los movimientos de hervor, tenían la fuerza expansiva de las erupciones volcánicas, Giné volvía la vista atrás, si á miles contaba sus secuaces, no dejaba de entristecerle las inconstancias de algunos, el retroceso de otros, la falsa vía que siguieran unos cuantos y el *yo peque* que entonaron ante los altares del egoísmo y de las conveniencias personales ciertos *prudentes* varones, modelo de inconsecuencia!

Conozco muy al detalle los hombres de aquel tiempo, y de este conocimiento y de aquella su vituperable conducta arrancan mis pocas simpatías hacia algunos, adulados en el presente y de un pretérito revelador de apostasías actuales.

Que en tales condiciones, Giné, incapaz de hacer daño á nadie á sabiendas, fuera de temer para los unos y el ídolo para los otros, no es sorprendente. Enamorado de la juventud escolar, á ella dirigió su atención por modo preferente y en ella encontró fervorosos partidarios, leales amigos y una situación psíquica que le permitió la más intensa y duradera de las sugerencias. Ídolo de los estudiantes durante largos años, á los que arrebatava con sus frases, ha conservado siempre, aún en plena decadencia, un gran ascendiente sobre nuestra juventud, que de año en año pasaba por tradición la idea de que el prestigioso Maestro, que dió tanto realce á la Facultad de Barcelona, era una figura de primer orden, que si orgánicamente se extinguía, había de perdurar por siempre en gracias á su laboriosa y fecunda vida. No era el Giné potente el de estos últimos años, pero era respetado como glorioso pretérito, como una figura veneranda.

Es difícil, cuando menos para mí, trazar la silueta del que fué nuestro Decano. Y no porque no la conozca, haya dejado de verla ó no la sienta. No. Es que Giné ha sido de un psiquismo complejo en extremo y no es empresa hacedera describirlo desde el punto de vista que aquí interesa.

Procuraré intentarlo, no en todos sus aspectos, sí en algunos.

La característica más notable, la que abarca su vida entera, es la *laboriosidad*, el amor al estudio, la constancia en los trabajos intelectuales. No es del caso aducir un hecho más en pro de las concordancias frecuentes entre la forma y tamaño del cráneo y las energías intelectuales. Cubí lo tuvo por un modelo y de sus investigaciones frenológicas salió muy bien parado: Cubí se vanagloriaba de su *diagnóstico*, y no erró. Dijo que se trataba de un incansable y de un intelectual y Giné resultó un *intelectual incansable*.

Que estudiara cuando alumno; que estudiara con ahinco al terminar la carrera para consolidar un porvenir todavía dudoso; que estudiara hasta vencer en oposiciones á Cátedra y otras; que estudiara siendo maestro para cumplir con sus importantes deberes, no quedar rezagado y servir de ejemplo, él, el adalid de la vanguardia, á todos los demás; que estudiara hasta ser rico con su trabajo; que estudiara cuando niño, cuando joven y cuando adulto, no es extraño. Lo que sí es extraño es que trabajara en el término de su vida, enfermo, acaudalado, con un sólo hijo, ya hombre, agobiado de quehaceres á que le obligaban su posición social y su posición pecuniaria, y que trabajara sin demora. Se levantaba antes de que el sol anunciara su salida, para estudiar largas horas antes de que el día empezara para otros. Esas horas las llevó siempre de delantera.

Labor tan incesante y lóngeva le había proporcionado una suma de conocimientos grandísima. No había rama de nuestras ciencias en que no fuera perito, en la mayoría peritísimo. Catedrático de Patología quirúrgica, si por obligación del cargo conocía bien esta materia, *maestro libre* era en otros muchos ramos del saber.

Jamás le encontré en huelga. Cuantas veces fuí á su casa, siempre ante su mesa, ó llenaba con su garrapata letra cuartilla tras cuartilla, ó leía alguna obra moderna. Con ser el Testut, en su primera edición francesa, una obra tan reciente, la había leído dos veces, repasado varios capítulos y comentado no poco. A la par que esta colosal obra, cuya lectura no le era muy precisa, siendo como era un anatómico de cuerpo entero, estudiaba todo lo que iba apareciendo, llevando por igual sus conocimientos. Como se dice vulgarmente, iba al día.

A la laboriosidad de Giné hay que unir otra característica bien marcada : el *trabajo provechoso*. Que todo lo que hiciera llevara como único objetivo la conveniencia inmediata, no es del todo exacto. Giné ha trabajado más de una vez en idealismos y, si vale la palabra, en vaguedades. Es evidente. En este mismo tomo hay no poco laboreo especulativo. Mas la mayoría de sus esfuerzos los encaminó de preferencia á la utilidad, próxima ó remota. Parecía pertenecer, reduciendo mucho el círculo, á ciertas escuelas modernas, especie de *do ut des*, y parecía hacer aplicación á sus actividades á lo que Schopenhauer decía de las ciencias : sólo es ciencia lo que reporta provecho al hombre. Admirando este modo de ser, algunos decían que Giné hubiera sido una figura comercial gigantesca, si al comercio se hubiera dedicado, indicando con ello su talento práctico, la fijeza con que insistía hasta obtener rendimientos de sus *sudores intelectuales* y el capital empeño con que se propuso, laborando siempre, cambiar la angustiosa situación de los primeros años de su vida y de los tiempos iniciales de su vida académica, por la comodidad del opulento, que no ha menester dedique parte de su actividad al pensar en el hoy y en el mañana y parte á las satisfacciones intelectuales.

En esta manera de juzgar á Giné no cabe ofensa. Acaudalado, sin tener precisión de pensar en el hoy, de sobras asegurado, ni en el mañana, atendido con abundantes é inagotables reservas, continuó sus tareas con el mismo brío y con igual tesón que cuando buscaba con afanoso empeño el pan nuestro de cada día, de aquel mismo día, de ese día de escaseces, que resultaba largo por las necesidades y corto por los rendimientos.

Bien sé que *algunos piadosos* han censurado tal conducta. La censura es injusta. Pudiera amontonar contra ella pruebas que por su junta serían montañas. No : trabajaba porque así era su modo de ser, su deleite, sus amores. Pobre y rico, siempre fué laborante. ¿ Qué provecho inmediato, por ejemplo, podía sacar de los nuevos ligamentos que aprendiera en la obra de Testut? ¿Cuál reportaría de los modernísimos descubrimientos relativos á las investigaciones histológicas sobre los centros nerviosos? ¿ Qué ventaja material obtendría con seguir muy de cerca todos los avances de la Anatomía patológica? Ninguna, ni siquiera la de aparecer sabio, que ya todo el mundo lo sabía, tanto más cuanto que

de nada de esto hizo alarde, ni apenas lo conocían algunos íntimos. Este capital científico, el más abundante, era efecto de insaciable deseo de saber, permanecía *in capite* y al morir quedó extinguido.

Mucho, muchísimo ha escrito. Este tomo comprende sólo una pequeña parte de sus incalculables conocimientos. Más, mucho más, no ha sido escrito. Con ser tantas sus obras, parécenme que no pasan de la categoría de una pequeña muestra arrancada de una pieza de colosales dimensiones.

Otra de sus características ha sido el *enciclopedismo*, secuela de una constante laboriosidad. Giné sabía de muchas cosas, y en muchas de ellas fué eminente.

*Antropólogo.* — Su discurso del Doctorado, sus oraciones en varios centros científicos, sus lecciones de Higiene, sus escritos sueltos, sus estudios especiales de los trabajos de Mata, Bertillon, Lombroso, Topinard, Letourneau, etc., sus vehementes y apasionadas defensas en pro de la emancipación y de la aptitud de la mujer, sus investigaciones sobre craneometría, etc., detalles son de un vasto dominio, que cultivaba, si vale decirlo, á ratos perdidos, pero no perdiendo el rato. Hubiera tenido más empeño y lograra en tan trascendental ciencia el realce que ha alcanzado en otros asuntos.

*Anatómico.* — Lo ha sido, y notable, mediante el libro, mediante el cadáver, mediante el acto operatorio. Hay en esta colección varios trabajos dignos de estudio. Fuera de ella hay una obra de *Anatomía topográfica*, numerosos artículos y una abundantísima serie de comparaciones y metáforas, de que están repletas sus obras, sus lecciones y las conversaciones particulares. Émulo é íntimo de Letamendi, sabía, cuando menos, lo que éste, gracias á noble emulación alimentada entre ambos. A tener, como aquél, cierta pericia en el dibujo y colorido, le hubiera sobrepujado y en nuestra Facultad habría la Anatomía de Giné, como existen las láminas murales de Letamendi.

*Fisiólogo.* — Desde 1863 empiezan sus primeros trabajos públicos con las «simpatías y sinergias orgánicas» y acaban, tras etapas brillantes, en sus *novelas científicas*, más ciencia que novela. Sin duda lo que conocía más á fondo era el funcionalismo del sistema nervioso, base de sus bien cimentados conocimientos de las enfermedades mentales.

*Patólogo.* — Aparte de su Cátedra de Patología quirúrgica, en la que era un buen maestro, ha cultivado bien todas las ramas de la Patología. Tuvo fama, justificada, en sus buenos tiempos, de *internista valioso*, y si su carácter y su viveza no le hicieron encallar en esta región de la ciencia, la recorrió lo bastante para gozar de justo renombre. Hasta en estos últimos tiempos, cuando era público y notorio que había especializado en extremo sus aficiones, Giné era autoridad para buen número de familias y lo era para cuantos le conocían por modo íntimo.

Hay algo en este volumen; pero la mayoría existe en las colecciones periódicas y lo demás, no escaso, acabó con él.

En más de una ocasión terció, con gran competencia, en debates académicos y midió, sin menoscabo, sus armas con los tenidos por indiscutibles é inexpugnables.

Esta faz de su vida científica es poco conocida en la actualidad y la recuerdo por verdadera y por olvidada. Si Giné no cambia de rumbo, y en gran parte cambió porque no se acomodaba á su espíritu las inseguridades del *internismo* en aquellos tiempos, estoy seguro de que hubiera cambiado la posición de las figuras en el escenario médico barcelonés. Cuando él quería, no quedaba en filas traseras, ni siquiera en la segunda.

*Terapeuta.* — Este libro enseña algo, no todo. Para conocer lo que valía y algunos de sus inventos, hay que registrar periódicos de muchos sitios y de muchos años y haber asistido á su clínica particular, clínica concurridísima. Aparte de los enfermos, que abundaban, convergían á ella alumnos estudiosos y médicos que no querían perder la tutela del maestro. De ella han salido peritos de valía en todos los aspectos de las aplicaciones terapéuticas.

Giné operaba, pero no era un cirujano *congénito*, si vale este adjetivo. Cuando desempeñó, varios años, la Clínica quirúrgica no tuvo necesidad de que otro cumpliera las indicaciones. Su inventiva suplió en no pocos casos las flaquezas de la Cirugía de entonces, de aquel entonces en que todavía no se manejaba bien el cloroformo, apenas sí se había pasado de los apósitos de Guerin y de las primeras tentativas de Lister, y contra las hemorragias no había tantos recursos. Eso sí: sus alumnos iban conociendo todos los progresos y en sus salas, antes que en ninguna otra, tuvieron empleo cuantos adelantos, hallazgo ó no, aparecían.

Este apresuramiento motivó censuras injustas y acritudes impropias de científicos. En todo movimiento revolucionario los inamovibles gritan siempre hasta que se mueren ó se contagian. Giné no se amedrentó y en este punto primordial, como en otros muchos, cumplió con su deber en el doble concepto de convencido y de apóstol. Venció, como vencimos, unos pocos, muy pocos, que nos empeñamos en que nuestra Facultad de Medicina, y en general la medicina catalana, no quedara rezagada. Él fué el primero que se puso á mi lado para defender las ideas pastorianas, asunto éste difícil y hasta peligroso en aquellos benditos tiempos de mansedumbre y... rutina.

*Frenopatólogo.* — Temprano empezó Giné á cultivar con ahinco esta especialidad. Médico primero, Director después del Manicomio de Nueva Belén, rama desgajada de otro Manicomio de renombre, se dedicó con energía al estudio de una especialidad, más que abandonada, casi desconocida en España. Su labor en este terreno no tiene semejante: de un lado lo prueba la justa fama y el creciente desarrollo del Manicomio, cimentados sobre los méritos de su Director, y de otro el gran número de escritos, *verdadera Biblioteca*, que ha dejado. No desperdició Giné

ocasión alguna ni medio para *hacer* frenopatología y para infiltrarla entre los alumnos, los médicos y el vulgo. La valía de Giné quedó en este punto perfectamente demostrada, más que demostrada, agigantada.

Antes de sus estudios sobre Frenopatía (1867), primer rayo de luz fulgente, tuvo varios destellos, á modo de tenues iluminaciones de incipiente aurora. Desde entonces cuanto ha hecho casi es inenarrable. Ha escrito mucho y ha escrito bien. Durante largos años han sido sus obras las obras en que se ilustraron los médicos españoles. Ni como relación las apunto. Varias de ellas van á continuación, pero no están todas aquí inclusas, ni figura su obra magistral, el *Tratado de Frenopatología*, tan releído por Pi y Molist y tan rápidamente agotado.

¡ Cuánto discurso ! ¡ Cuánto artículo ! ¡ Cuánta conferencia ! Memorables son sus lecciones dominicales, en el Manicomio, con *material de la casa*, dadas á los alumnos de Medicina y á algunos aficionados. Más memorable es todavía la organización y realización del primer *Certamen frenopático* español, verdadero Congreso al que llevó los médicos de Barcelona, los especialistas de España y algunos del extranjero, así como jurisconsultos y magistrados. Este sólo acto revela la potencialidad de Giné.

Sus dos novelas de 1884 y 1890 son hermosos trabajos de vulgarización científica. Género de literatura es este vedado á la mayoría de los mortales : se corren con él no escasos riesgos. El autor salió airoso de su empresa, y deleitando á los peritos y enseñando á los profanos, hizo más por la popularización de la ciencia que otros infortunados. Presencí buena parte de la preparación ; de idea en idea, de página en página aumentaba mi admiración ante tanta facundia. En los *Misterios de la locura* llegó á sugestionar al ingenioso dibujante y Giné pudo ver al mismo tiempo sus ideas impresas y sus ideas grabadas.

Abundan, con verdadero derroche, en esta suerte de trabajos, un ingenio inagotable y una sabiduría extrema.

Así logró Giné, aparte del prestigio de *su* Manicomio, vulgarizar conocimientos raros por entonces y despertar aficiones en los médicos. De él aprendieron los primeros rudimentos y de él adquirieron apetenencias científicas los inteligentes especialistas Galcerán y Rodríguez-Morini, que con tanto acierto y gloria cultivan una especialidad tan difícil é ingrata. Honran al maestro y al honrarlo ponen corona de laurel sobre los restos del que en vida les alentara y condujera en los pasos más penosos, en los del principio. Con ellos revive la fama del frenopatólogo, que pudo antes de la muerte gozar con el triunfo de sus discípulos.

Los dictámenes hechos por Giné sobre enajenados, orales los unos y escritos los otros, son también abundantes. Se dedicó con toda buena fe, más que por gusto, por exigencias de la práctica y por deberes de conciencia, á los informes forenses. Bien pronto se convenció de que no servía para el caso, y sólo iba á regañadientes. Y se convenció de que no servía, no por falta de conocimientos, que le sobraban, ni de rectitud,

que no se torcía; se convenció de que no es la atmósfera de estrados la más oportuna para el brillo y exhibición de la ciencia, y á él le dolía mucho no sacarle siempre ilesa y hasta más robusta.

En cambio, los dictámenes escritos eran su especialidad, es decir, una de sus muchas especialidades. Dominaba en momentos la situación, se hacía dueño pronto de todos los datos, hasta de aquellos que pasaran inadvertidos para otros, los valoraba en breve y los vaciaba, con tan oportuna forma y tan severa crítica, que resultaba una obra maestra. Allí no había más que ciencia pura, es decir, nadie se encaraba con la ciencia para ridiculizarla ó desvirtuarla. Tomé parte con él en varios de estos dictámenes, y entre que lo conceptuaba más perito que yo y entre que tenía la seguridad que de sus manos saldría mejor librada la obra que de las mías, cuando me *tocaba* hacer de ponente, me daba la bastante maña para convertirlo en autor. En realidad, me gustaba más un mediano dictamen de Giné que uno superior mío. Dije mal con decir mediano: no podía serlo de tal autor: he querido expresar aquellos dictámenes *lisos*, sin contienda, sin relieve, á modo de conversación científica, que son los más numerosos.

Eso que mal llamé medianía era convertido en colosal grandeza cuando el asunto por lo litigioso ó por la intervención del público en lo que no debe mediar, despertaba interés, suscitaba con violencia las pasiones ó pertenecía á materia difícil y discutible. Giné entonces se transfiguraba. Febril, impaciente, dejaba correr sus abundosos conocimientos, que apenas vaciaba su vertiginosa pluma; surgían los conceptos con una lógica inatacable; hecho tras hecho, razón tras razón, se sucedían con hermoso enlace y llegaba á conclusiones tan precisas y ajustadas, que el dictamen no se discutía, se aceptaba *némine discrepante*.

Me pondría en un aprieto quien me obligara á decir cual es el mejor dictamen: todos me parecen óptimos; firmé cuantos hicimos juntos. Mas sea por la mayor resonancia social, pongo sobre mi cabeza el dado en defensa de la salud psíquica del insigne Mosén Jacinto Verdaguer, que tanta impresión causara, y el escrito en pos del juicio oral, en que se pedía la pena de muerte para Samuel Willie y que convertimos en un caso de irresponsabilidad. Es el primero parte de esta colección; el segundo fué publicado en folleto aparte. Aquél, leyéndolo, deleitará á quien tenga tan grata tarea; éste, si con el preámbulo obró como un vexitante, con el texto dió lecciones á varios compañeros que se empeñaron en muchas cosas que no eran y que no debieron patrocinar, haciéndose eco de pasiones de bajo vuelo y en plena efervescencia popular. Pasó su obra, porque era mala; lo que no ha pasado ni pasará es el dictamen de Giné, porque era bueno.

Tendría larga ocupación de ir hablando de otros asuntos pertinentes á la especialidad. Con lo dicho, aun siendo incompleto, basta para justificar la reputación de que gozara el antiguo Director de Nueva Belén, cuya competencia en padecimientos mentales era notoria.

Secuela de esta competencia fueron sus aficiones al hipnotismo. Recurrió á él desde los primeros instantes y lo practicaba con maestría. Tuvo, como todos, una época de verdadero entusiasmo; pero, no cual otros hicieron, cambió ese entusiasmo en frialdad completa. Aprendidas bien las indicaciones, no lo abandonó y hasta sus últimos días lo ha puesto en práctica, teniendo fama de hipnotizador eficaz y honrado.

*Dermatólogo.* — Una obra de buen tamaño, conferencias, lecciones, práctica asidua, clientela numerosa... cuanto ha menester, y más todavía, un especialista en el sentido estricto de la palabra. Sin obligación oficial taxativa enseñaba á sus alumnos, era llamado en consulta para los casos difíciles y todos le teníamos por una autoridad. Dominaba la materia como si ésta constituyera su único estudio, muchos le deben su curación y él fué de los primeros en emplear los tratamientos modernos de la pelada, en vencer los favus, en recurrir al aceite de chaulmoogra contra la lepra, etc., etc.

*Sifiliógrafo.* — También. Publicó la correspondiente obra; tuvo á su cargo varios años enfermerías *ad hoc*; trataba con la valentía que produce una convicción profunda; dió varios cursos concurrenciosos; era uno de los pocos médicos consultores á quienes se podía apelar fructuosamente en casos difíciles. La mayoría de los médicos catalanes, como médicos ó como alumnos, recabaron de Giné útiles enseñanzas; algunos aprendieron de él todo lo que saben. Somos muchos los que lamentamos su muerte, que con él perdimos un buen guía en casos dudosos.

He presenciado, más de una vez, diagnósticos que sin violencia pueden llamarse geniales. Visitaba un médico, de los más reputados de Barcelona, el número uno para no pocos, un enfermo tuberculoso *in extremis*, en plena caquexia, casi agónico. Llamado á consulta, noto en el muslo izquierdo una mancha *sospechosa*. Al día siguiente, Giné, llamado por mí, diagnostica sífilis sólo por la mancha; aceptamos los dos el tratamiento específico, hecho con toda valentía y urgencia; el médico de cabecera persiste en su diagnóstico. Anuncio la divergencia á la familia: *perdido por perdido*, fueron sus palabras, aceptan nuestra opinión. Confieso que por mí sólo no me hubiera atrevido á una terapéutica, que de ser errónea, casi se convertía en un atentado contra la vida, siquiera sólo se tratara de algunos días. Al lado de Giné mi sospecha se convirtió en seguridad completa. El enfermo revivió y todavía vive. Se había confundido una sífilis pulmonar con una tuberculosis, uno de esos casos que Próspero Ivaren describía con tanta minuciosidad en sus *Metamorfosis de la sífilis*.

Como éste citaría otros casos. Y ciertamente yo no los sé todos.

*Higienista.* — Desde los albores de su vida mostró dos cualidades á este respecto: su afición y su aptitud. Aquella le mantuvo de continuo encariñado con la Higiene, á la que nunca abandonó por solicitado que se viera por otros estudios y por lejano que al parecer estuviera.

Dejo de lado cuanto de Higiene hay aquí expuesto. Lo que no se ha consignado es mucho más. Puedo repetir cuanto he dicho hablando de las especialidades. Discursos, conferencias, lecciones oficiales y lecciones privadas, dictámenes, proposiciones en las Academias, estudios para las Corporaciones administrativas, informes, folletos, artículos... cuanto puede utilizarse para difundir una ciencia.

Si escribió mucho, practicó no menos. Ahí están sus trabajos para conservar los cadáveres, las reformas de las Casas de Socorro, el emplazamiento y disposición del Manicomio, y otros y otros.

Esta enumeración, de dejarla así, quedaría muy mermada. Hay que añadir mucho más : sus obras de Higiene.

Apareció la primera, la *Higiene rural*, obra nueva para nuestro país, y obra no muy usual en el extranjero. Los rurales no han sido debidamente atendidos. El egoísmo de los urbanos ha acaparado casi todas las energías. Giné escribió su obra, una obra mediana, cuando recién salido de las aulas, andaba sobre un caballo ejerciendo la medicina por lugares pobres de la provincia de Tarragona. La grupa le sirvió de mesa para escribir en las pausadas excursiones, más de un día. Así fué llenando cuartillas y cuando le parecieron suficientes hilvanó una obra, cuya tirada, corta, que no había para más, quedó agotada hace más de treinta años. No valía mucho, y así lo habíamos convenido los dos ; pero me parecía mejor que á él al tener en cuenta la Higiene de entonces, las penalidades de médico rural, las escaseses, la falta de libros para instrucción y hasta la *mesa* en que escribía, con el correspondiente tintero de cuerno y la mal cortada pluma de ave.

Esto fué ensayo y un acicate para hacerlo mejor en lo sucesivo. De todos modos se ve en ella algo genial, nuncio de mejores productos.

Las dos Higienes, la *privada* y la *pública*, son obras de mayores alientos. Fueron editadas varias veces en poco tiempo, obtuvieron el premio Rubio y de ellos se propagaron varios miles de ejemplares por toda España, por Filipinas, por las Antillas que fueron nuestras y por toda la América continental en que se habla el castellano. El éxito, desde todos los puntos de vista, fué completo, incluso el pecuniario. Dada la rapidez y la abundancia de la venta, Giné obtuvo pingüe ganancia. Quizá fué esta la base de su prosperidad.

La obra causó en nuestro país profunda sensación. Andábamos con las ediciones remozadas de las Higienes de Monlau, que durante largos años había acaparado por completo el mercado y la enseñanza ; habían pasado casi por completo las ediciones españolas de varias obras exóticas ; los médicos rurales, más que los urbanos, escribían en la prensa de entonces artículos inocentes ; empezaba la reforma en el extranjero (Levy, Ottinger, Fleury, Becquerel, etc.)

De la noche á la mañana aparece la *Higiene* de Giné, briosa, valiente, sin vitalismos, al revés, consagrando la importancia del medio cósmico y dando á la vida, sin principio especial á ella destinado, el secundario

papel de un efecto cuyas causas eran naturales; abandona la clasificación de Galeno, seguida por Levy, y plantea una *naturalista*, si vale esta palabra, análoga, muy análoga, á la del intrépido francés Fleury. Reuniendo datos de las obras francesas y en especial de los *Annales d'Hygiène publique*, esa legendaria é importante publicación, y poniendo á cuento cuanto ya sabía, que no era poco, de ciencias auxiliares, allá va por modo resuelto á escribir sus obras, empezándolas con energía y con energía acabándolas. No desmaya en su larga empresa, y entre sus intrepideces, conocimientos propios y socorros ajenos, escribe una obra fuera del nivel común, mejor que las precedentes y mentora largos años de toda la juventud médica.

Giné llegó bien y llegó con oportunidad. Un autor de menos empuje tal vez no hubiera llegado, ó lo hiciera de mal modo ó intempestivamente. Pero ya lo he dicho: Giné madrugaba mucho más que la mayor parte de las gentes, y cuando el sol ponía en movimiento al perezoso durmiente, él había precedido á la salida del sol. Sus prematuros levantamientos se extremaron durante la preparación de la obra. Pensaba en ella todo el día y con ella soñaba toda la noche; la clasificación la sueña, despierta por la excesiva tensión nerviosa y á las dos de la mañana de un día de invierno, salta de la cama, la escribe, no sea cosa que al *despertar de luego la haya olvidado*.

Puso en ella todos sus sentidos. Seguramente no esclavizó tanto la atención en ninguna de sus posteriores empresas literarias; pero tenía pocos años y hubo de resentirse la obra de la juventud del autor y del estado de modorra en que se hallaba sumida la Higiene, especie de embriaguez que le produjera el nutrirse sólo de la observación y no haber seguido el avance de las ciencias naturales. De haberla hecho más tarde, en plena madurez intelectual y con el ingente auxilio de tantos conocimientos como atesoraba, la *Higiene* de Giné hubiera repercutido algo más que por los pueblos de habla castellana. A pesar de todo, estuvo á punto de resonar en otros pueblos latinos.

Sea como quiera, y apartándome de lo que pudo ser y de lo que debió ser, es lo cierto que la *Higiene* dió á Giné los más preciados laureles de una corona que ha ido tejiendo hasta el fin de sus días.

Pasados los años, casi, casi llamaba á su obra el fruto de una calaverada. ¡ Hermosa y útil calaverada!, le decía yo siempre. Corregida y aumentada por mí su aplaudida y premiada obra, constituyó esto un fuerte lazo de unión entre ambos. Puse mis manos pecadoras y no lo hice tan bien como él; pero parecióle tan grata la intervención, que no sólo no tuvo de ello arrepentimiento, sino que se gozaba de que hubiera anotado la primitiva labor, infiltrando en sus páginas algunas de las ideas que por entonces iban surgiendo con pasmosa rapidez.

Mi intervención fué parca y sólo se refirió á los hechos científicos. Dejé, á pesar de tener licencia absoluta para todo, muchos hermosos párrafos, de los que salían, á modo de destellos luminosos, las ideas de

libertad y justicia á que tan consecuente ha sido. Se ve en ellos al patriota ilustrado, al que tenía una patria grande, culta y libre. Giné, dicho se está, pertenecía á los partidos avanzados y á ellos perteneció desde el principio. No le amargaba poco que algunos de sus íntimos, de sus compañeros de lucha, le abandonaran y de retroceso en retroceso fueran á dar en la pared opuesta, de la que no pasaron porque no pudieron perforarla.

Estas obras de Higiene tuvieron buena parte en nuestro despertar científico y semilla fueron que hoy germina por modo resuelto. No debemos poco al autor. Y es que á la par que á su Tratado, atendió Giné á divulgar conocimientos, ejerciendo por espacio de varios años un apostolado que nada tuvo de infecundo.

Sería bastante esta etapa de su vida para hacerle merecedor, vivo y muerto, de sincero aplauso. Con su *Higiene* enseñó el bien.

*Otros.* Amontono otros aspectos, que de individualizar tardaría en poner término á este escrito.

Giné era un altruista y un aficionado en extremo á las conquistas científicas. Por una y otra condición y más todavía por su incansable actividad ha cultivado otros ramos de la ciencia. Sirvan de ejemplo su *Instituto de vacunación*, que tuvo gran renombre y larga vida; su fervoroso entusiasmo por la *hidroterapia*, que contribuyó á divulgar en épocas de gran resistencia al agua fría y cuanto con ella se relacionaba; sus calurosas defensas en pro de la *mujer*, de la que fué durante mucho tiempo defensor sincero, convirtiéndose en apóstol del feminismo, en general, y por especial modo del feminismo en España; sus estudios sobre *Historia*; sus trabajos en pro de la reforma, tan necesaria, de la *enseñanza médica*, y varios más.

Este ha sido Giné, desde el punto de vista intelectual. Su potencia cerebral pertenece á las de primer orden, y así como las circunstancias del momento le obligaron á distribuir su poderoso capital intelectual en varios territorios científicos, á pesar de cuya diseminación brilló con luz propia, si se hubiera dedicado á una sola suerte de estudio, estoy seguro que la brecha que él abriera en la ignorancia, por dura y consistente que sea, hubiera tenido proporciones colosales. Fijóse más que en otras ciencias en la Frenopatología y en la Higiene, y ha dejado un tesoro de conocimientos, ha contribuído con toda notoriedad á su instalación y arraigo en nuestro país y ha dejado semillas útiles para varias generaciones.

Como *sentimental*, Giné era un gran niño, con todas sus ventajas é inconvenientes. Su espíritu, por excelencia altruista, no sintió el odio: pudo albergar la indiferencia, pero era riquísimo en buenos afectos. A las veces, sin razón bastante, se encaprichaba (esta es la palabra justa) con quien no merecía su cariño; pero esto no era óbice para restar afec-

tos á los demás. En su corazón grande cupieron todos, hasta los que no debieron entrar. Estas equivocaciones y una especie de pueril inocencia le proporcionaron no escasas contrariedades, ante las cuales se encogía de hombros, cuando no desahogaba su ánimo en forma de ruidosa é inofensiva tormenta. Pasados los truenos, cielo azul.

Como á todos los que sobresalen del nivel común, no le faltaron roedores ni reptiles. Pudo aplastarlos en más de un caso y no lo hizo. Se limitaba, cuando más, á alguna nota aguda, que nunca fué sostenida. La mancha... ni se cuidaba de ella: se extinguía por sí sola.

Crió muchos á su lado y claro es que recogió semillas de ingratitud. Siguió la misma tarea. Como no volvía la cara atrás, no se enteraba apenas; si se enteraba, interponía la indiferencia ó el olvido.

Favorecido por la fortuna, casi no tuvo tiempo de ponerse triste. La tristeza la grabaron, en su alma, en cambio, indeleblemente, desgracias domésticas, que vió su familia casi desecha cuando estaba él en todo su vigor.

Entonces, en estos lances, el sentimiento se desbordaba, y sin inteligencia ni voluntad cometió pecados, como los comete el inconsciente, pecados, no por dañar á otros, sino porque perdía su consistencia y se dejaba arrastrar por un cualquiera, por un curandero ó por gente de más bajo nivel.

Contratiempos tan dolorosos menguaron su ingénita alegría, su actividad de otras veces y convertían sus ojos á diario en abundoso manantial de lágrimas. ¡Las más tristes no corrían por la cara: ahogaban su corazón! El tiempo menguó esos vivos dolores, pero no logró extinguirlos.

Buena parte fueron tales adversidades para reblandecer su fuerte organismo y reducirlo á una esfera más pequeña y de menor energía productora. Las amarguras no son un estímulo y menos en las cercanías de la edad adulta extrema.

Como *volitivo*, Giné no ha dejado fama; no obstante, debió obtenerla, entre otros hechos, por su inacabable laboriosidad, por su constancia en erigir y sostener Nueva Belén y por el empeño que puso en que Barcelona tuviera una Facultad de Medicina y un Hospital clínico nuevos y mejores que los actuales. Estos tres sucesos sólo los acomete y realiza una voluntad fuerte.

Sin embargo, fuera de las cuestiones que le dominaban y atraían, en otras no era firme y en ocasiones resultaba blando. Estas flaquezas, casi abulias, han sido muy divulgadas: en la vida social hay episodios justificativos. De haber tenido hiperbulia, él, por sus conocimientos y prestigios, hubiera capitaneado los hombres liberales de Cataluña. No faltó la oferta, y tras vacilaciones, la aceptación; pero Giné, tan liberal y consecuente como el primero, no había nacido para tales empresas y fracasó en la primera arremetida. Su voluntad, tan fuerte en otros asuntos, aquí era de escasa energía.

Ha pasado la vida entre hiperbulias é hipobulias. Algunos hábiles se han aprovechado de éstas para sus fines particulares. El hipnotizador de buena ley quedaba *hipnotizado* por malos procedimientos.

Razón tienen los que le aplauden por su energía y constancia, como también la tienen los que le censuran. Mezcla heterogénea, á modo de las montañas abruptas, con picos y depresiones, si en ciertas circunstancias se erguía, alto y resistente, se hundía en otras como si jamás hubiera realizado un acto de independencia y constancia.

Giné puede definirse: gigante por la laboriosidad, coloso por la inteligencia, niño por los sentimientos, y con una voluntad de un doble aspecto, antítesis de la fuerza y de la debilidad, como suele resultar de una inteligencia y de un sentimentalismo grandes, no siempre acordes y con predominio alternativo.

Desde sus primeros escritos se ve una buena pluma. Sin haber llegado á ser tan castizo como Pi y Molist, el célebre autor de *Los Primeros del Quijote*, Giné ha sido uno de los escritores que más han honrado á Cataluña. Es un modelo su crítica de la obra del ilustre Pi. Dominaba el lenguaje castellano y se complacía en jugar con las palabras, que aparecían ora elegantes, ora ingeniosas, con frecuencia briosas, en ocasiones mordaces, cáusticas, rara vez suaves.

Más amigo de demoler que de construir, su pluma era de ordinario valiente y cada uno de los cortos períodos de su quebrado estilo, obraba como un proyectil bien dirigido.

Cuando atacaba era temible: un párrafo de tres líneas ha dejado á algún enemigo fuera de combate y en un mutismo interminable. Adquirió justa fama de acometedor brioso, y si allá en tiempos muy remotos algún imprudente quiso con él medir sus armas, no tardó en surgir el convencimiento de que no debía combatirse con Giné, so pena de salir mal parado.

Claro es que estas arremetidas las empleaba con oportunidad. Si el caso no era de lucha, la pluma de Giné corría sin asperezas, rápida como pocas, y ya en estilo serio y llano exponía la ciencia, ya aderezaba el lenguaje con especial gracejo é inventiva.

Usaba mucho de los interrogantes. Le placía presentar el conflicto en la pregunta para conjurarlo sin demora en la respuesta, plantear el problema escueto para resolverlo *in actu*. Algunos de sus trabajos es un prototipo de esta suerte de estilo, que no todos manejan bien sin caer en la monotonía de un libro de escuela. Sus interrogaciones, bien graduadas, iban en *crescendo* y el lector era arrastrado por deleitosa manera.

Sus mejores obras han sido escritas en breve plazo. Preciso era estar á su lado para convencerse de esa celeridad. A bien que para el increíble ahí está la *Biblioteca Gineniana*, que por abundosa no ha lugar á

dudas, aun sin contar las innúmeras ocupaciones que le asediaban de continuo como médico, catedrático y muchos negocios que le mermaban el tiempo.

Escribía tan deprisa como el que más, eso sí, con mala letra, y no era común que corrigiese. Salía de sus manos para la prensa, sin haber tocado la mayoría de las cuartillas. Parecía la pluma entre sus dedos varita mágica, y tal se enardecía el instrumento de inscripción que si el autor vertía á chorro incesante idea tras idea, ella también vertía, chisporroteando, borrón tras borrón, adorno característico de los escritos de Giné.

En el concepto genuino de la palabra Giné no era un buen orador. Que sabía hablar, que hablaba bien, que obtuvo frenéticos aplausos, que atraía al auditorio y subyugaba, para grabarlas, las inteligencias, eso lo saben cuantos le escucharon. Le faltaba cierto dominio de sí mismo, le faltaban los períodos grandes y sonoros de los elocuentes, le faltaban actitudes. No era su voz de las que se infiltran, á las veces tenía un cierto tinte nasal ó un timbre poco armónico y hasta estridente.

Cuando necesitó auxilio para ver mejor, como no le tenía apego á las gafas (reñidas sus obras con sus consejos), usaba esas *pinzas de nariz* que han menester una buena nariz para no ser tan movedizas, y ese apéndice de Giné no era para pinzas, determinándose una continua contienda entre los inquietos *quevedos* y la mano del propietario, que no dejaba de causar mal efecto en sus discursos leídos, ya que á mayor abundancia se enfadaba *por dentro* y este enfado precipitaba los movimientos y los hacía rápidos y bruscos.

Aun así, la oratoria de Giné era agradable y de gran poder sugestivo. Quién le escuchaba aprendía. No eran sus discursos ráfagas pasajeras: eran de acción persistente; tenían más del cincel que de la brisa.

En su escribir y en su hablar Giné no era uniforme. Empleaba muchas transiciones y si persistía en un tono determinado largo rato, se le escapaba de pronto un concepto ingeniosísimo, con frecuencia hasta picaresco. Allí en donde hablaba con libertad completa, sus ocurrencias, nuevas y punzantes, fluían en abundancia y en abundancia salían también los equívocos y toda suerte de *calembours*.

Como este modo de decir ó de escribir es empalagoso y pesado si de él se abusa y no lo alumbraba el genio, debo decir, en honor á la verdad, que Giné por tener éste no caía en aquellos defectos, antes bien deleitaba al concurso. Él, mejor que otros, cumplió bien con el *lectorem delectando, pariterque monendo*.

He leído cuanto ha escrito, le oí siempre que pude y con aquello y con esto pruebo lo que de él pensaba y lo que ahora indico.

Era uno de sus caprichos inventar palabras, y si no se ajustaba en todo caso á las reglas filológicas, le salían lo suficientemente bien hechas para ser entendidas á la primera audición ó lectura y para que nacieran con larga vida. Por ahí andan en boca de todos los neologismos de Giné.

También era muy dado á hacer frases cortas, vivas, centelleantes, á manera de epigramas brevísimos. Algunas se han hecho célebres y si no todos conocen á su *padre*, son muchos los que las emplean.

Gracias á estas condiciones de expresión, los engendros científicos de Giné han sido aprendidos por un buen número y tuvieron rápida divulgación. Productor y expendedor, logró en pocas horas que comulgaran con sus ideas los que momentos antes estaban tan apartados de ellas como se está apartado de cuanto se ignora.

Encaja aquí su valía como *Maestro*. Nació para enseñar. Ha enseñado á muchísimos y de muchísimas cosas. Los alumnos acudían *per se* á su Cátedra, seguros de que siempre había algo nuevo. Así predispuestos, les *inoculaba*, como él decía, cuanto á bien tuviera; más que inocular les esculpía lo que debían saber.

Con la facundia se hacía dueño de los escolares y los saturaba de ciencia sin esfuerzo por parte de ellos. Derrochaba su ingenio para *clarar* un pensamiento. Las comparaciones, las metáforas, las más expresivas sutilezas, se mezclaban con los conceptos científicos y con las reglas del arte, quitando á aquéllos su severidad, sin rebajarlos, y á éstos su rigidez, sin prostituirlos.

Salían los alumnos de su Cátedra con la faz alegre y animada, comentando palabras, frases é ideas.

Hace falta quien describa á los Catedráticos por la cara que tienen los alumnos al ingresar en clase y al salir de ella.

Este capítulo de las expresiones, escrito *en* los alumnos, es la obra del Profesor y un buen medio de conocer lo que éste vale desde varios puntos de vista. Los he visto salir pensativos, ensimismados: debe ser un Profesor severo, inaccesible, que tal vez dé la ciencia apelotonada y á dosis grandes. Los he visto escapar, huyendo, mal humorados, sin volver atrás la vista: Cátedra en extremo disciplinaria, explicación molesta, poco inteligible, alguna reprimenda, escaso fruto, hastío, á poder no volverían. Los he visto salir de cualquier manera, sin expresión en los semblantes ni conversación que valiera la pena: Cátedra de divagaciones, de hacer que hacemos, insustancial, poco provechosa, no hay lazos de unión, ni gratos ni molestos, entre educante y educandos. Los alumnos de Giné iban apareciendo alegres, satisfechos, hablando de lo explicado, recordando una palabra, un concepto: Cátedra llena de vida, de voluntad, de cariño, de ciencia, de bienestar, un buen Profesor: ni indigesto, ni tirano, ni indiferente, pero sí sabio y agradable Maestro.

Giné quería á los escolares, y casi me parece que más cuanto más viejo, como si se *añorase* de los pasados y mejores tiempos, de los tiempos juveniles. Tratábalos con afecto, como iguales, como jóvenes, y éstos no traspasaron nunca los límites debidos. Giné ha sido un ídolo largo tiempo, muchos años, para los estudiantes, que manejaba á su antojo. En estos últimos años, caduco y maltrecho, si no despertaba entusiasmos vivísimos, era respetado como gloria que se extingue.

No es de extrañar: Catedrático que trabaje por modo persistente, que sepa bien su asignatura y no esté ayuno de otros muchos conocimientos, que no se estanque, que cumpla gustosamente sus deberes y no por razón de oficio, que quiera á sus alumnos y los trate como futuros compañeros, como parte de sí mismo, ese Catedrático, aquí y en todas partes, es querido de los alumnos. El cariño no se logra con otros procedimientos. Ciertas complacencias rebajan, no ensalzan: lo que rebaja vale menos, y es menos estimado.

A través del tiempo el alumno se convirtió en Catedrático y el Catedrático en *Decano*.

Nuestro malogrado Decano entró con todos los honores: los oficiales y los más valiosos de nuestra amistad sincera. Inmediatamente se puso en movimiento, según esta nueva dirección, su actividad. Las ocupaciones inherentes al cargo no le arredraron. No sólo enderezó lo que andaba más torcido que recto, sino que emprendió obras y reformas que cambiaron la faz de la vetusta Facultad. Lo que hay en ello de más vistoso es obra de Giné. Prescindo de describirlo. Lo que no omito es que realizó esta verdadera epopeya con inmensas dificultades y que la obtención de recursos fué rayana en lo imposible. Otro cualquiera, con todo el buen deseo imaginable, ni lo intenta. El lo intentó y lo logró.

He dicho, y repetiré siempre que venga á cuento, que los Rectores y los Decanos debieran ser más bien jóvenes que viejos. Si Giné en vez de llegar al Decanato cuando empezaba el período de la regresión orgánica, hubiera entrado cuando estaba repleto de energías, la Facultad de Medicina de Barcelona ó estalla ó se reforma en todos conceptos. De todos modos Giné ha dejado en ella señales indelebles de su paso.

Más trascendente es su intervención en la Facultad nueva, que no quería morir sin verla terminada, y que la fortuna, cambiada para él en los últimos tiempos, ha impedido, acabando con su vida antes de la conclusión total. Ha visto el edificio hecho, pero no ha presenciado las instalaciones y mucho menos el comienzo de su dinamismo. Pero la sombra de Giné debe vagar por aquellas naves y aquéllos claustros, y si no vaga ha de ser para todos el ejemplo de lo que vale una buena voluntad y un decidido amor á la enseñanza. Bonet, nuestro compañero, que tanto ha trabajado en este asunto y cuya parte principalísima y absolutamente necesaria está por encima de todo elogio, es un buen testigo del apasionamiento con que su predecesor en el Decanato intervenía en la nueva edificación. ¡Loor á ambos!

Holgréame mucho de haber descrito, por mediana que fuera la descripción, la complexa personalidad de Giné. Un hombre de sus méritos no abandona la morada de los vivos sin dejar un rastro duradero. El que trazara es ancho, hermoso, útil. Sin haber llegado á la categoría de un genio, ha sido un hombre de primer orden. Pocos han empleado tan bien

y tan honradamente las aptitudes para el cumplimiento de su deber. Cuanto más se aleja la época de su muerte, más se agranda su figura, más se avaloran sus condiciones.

Todos tenemos en él un excelente ejemplo. Más ha hecho por su país con su labor continua que muchos héroes, y más provechosa ha sido su obra que la de otros tenidos por beneméritos. En su presente la figura del maestro tuvo gran relieve; en lo porvenir será considerado como un varón prestigioso, gallarda muestra de lo que valdría esta patria si todos los hombres cumplieran con su deber como Giné ha cumplido con el suyo.

Ha demostrado con su vida entera lo que valen las aptitudes bien enderezadas. Con más justicia que otros él pudiera haber exclamado: para desterrar un vicio hay que poner algo en su lugar; yo he reemplazado la holgazanería de los muchos que se solazan con ella, colocando en su vacío puesto una multitud de trabajos aprovechables.

A Giné es aplicable lo que ayer decía, hablando de esta España, un inteligente periodista madrileño: «La vida del mundo está en la acción; la ley que la mueve corresponde á la Providencia» «Eduquemos las generaciones en el convencimiento de que no hay más que un premio grande para las ansiedades de la tierra: la sensación del deber cumplido». Mi querido amigo y compañero ha sido una actividad que ha cumplido con su deber.

Mientras viva recordaré un momento solemne. Tomaba posesión del Rectorado; olía la tierra á tormenta, la atmósfera empañada por celajes grises y sombríos, los corazones y los cerebros tormentosos y grises. Giné, decrepito, enfermo, pasó sobre el suelo, sintió el frío sombrío de la atmósfera y vibraban su corazón y su cerebro. Su presencia en aquel momento demostraba un destello de hiperbulia y un cariño á toda prueba, á las pruebas de las inclemencias meteorológicas, á las pruebas de los apasionamientos de los hombres. Al abrazarme, único lenguaje que pudo emplear, temblaba su cuerpo, latía, y yo lo sentí, violentamente su corazón, flaqueaban sus piernas, temí cayera al suelo precipitado por las dolencias y por las innúmeras emociones de aquel día, y al contenerlo con todas mis fuerzas, rozando su honrosa muceta amarilla con la negra del Rector, mi voz amiga, como potente cordial, entró en su alma diciéndole: «Siempre ha cumplido V. con su deber; hoy me toca cumplir con el mío. Animo y adelante». «Por eso vengo, exclamó, porque yo me debo al amigo, y en tal trance no le abandono».

Ese era Giné. Su pérdida es inmensa. Sus deudos y sus amigos lloraremos siempre su ausencia. Su tránsito por la tierra ha sido como el rayo de sol que después de extinto revive en sus obras, en los colores de los pétalos y en la clorofila de las hojas. Dejó este mundo, pero nos queda, para consuelo, flores y hojas, sus obras, para formar una corona que adorne su frente.

DR. RODRÍGUEZ MÉNDEZ.



DISCURSO LEÍDO EN LA UNIVERSIDAD  
CENTRAL EN EL ACTO SOLEMNE DE RECIBIR  
LA INVESTIDURA DE DOCTOR EN MEDICINA, 1862.

¿Existen en la actualidad representaciones genuinas de las razas y tipos primitivos?

Excmo. é Ilmo. Señor :

Al contemplar la distribución de los seres que pueblan la superficie de la tierra, echamos de ver una íntima trabazón, que vinculándolos con estrecho lazo, los mantiene en esa invariable dependencia, que forma la más admirable de las concordantes armonías que se desprenden del seno de la Naturaleza.

Cada uno de los seres de la tierra, exhalando la aroma de sus propiedades, encarna su propia naturaleza en la intimidad de los que le rodean : este es el beso de beatitud y de amor que reúne las obras de la mano divina; este es el cántico de admiración que las criaturas elevan al que las gobierna con eternas leyes.

Los antiguos preludiaron ya la homogeneidad de la materia : inerte en sí; morfa y activa por el espíritu universal que la infiltra ; el espíritu universal es la Providencia ; la actividad de los cuerpos son sus propiedades, ingeridas en su esencialidad por el Criador en el acto de sacarlas de la nada. Y como quiera que estas propiedades son atributos que arrancan de la esencia del cuerpo, como los rayos caloríficos parten del seno del fuego, y los luminosos se desprenden de las entrañas del astro solar, vibrando en el espacio y penetrando en lo íntimo de los cuerpos para modificarlos, ora en su modo de ser, ora solamente de un modo bien palmario en alguno de sus accidentes ; asimismo acontece, que no puede darse en la naturaleza la coexistencia de dos criaturas, sin que se verifique una mutua transferencia de sus propiedades, ó una modificación en su manera de estar, que sin ser la recíproca encarnación de sus atributos, es el fruto de la concordancia ó mutua reacción de los del uno con los del otro.

Todas las criaturas germinan en la tierra; todas en ella viven; todas á ella vuelven. Este es el círculo inmenso de la materia, delineado en el plano de la creación por las tres evoluciones sucesivas del polvo; vegetal, que absorbe principios elementales del terreno y del espacio, para convertirlos en otros inmediatos: animal, que se ampara de éstos y los destruye para volverlos á la tierra en estado de elementos: hé aquí la síntesis de los admirables pero sencillos procedimientos que se operan en el laboratorio químico de la Naturaleza.

Mas, todos los cuerpos tienen sus particulares afinidades, y cada uno de ellos sufre la acción más ó menos severa de ciertos modificadores, que accidentan sus propiedades ó cambian lo íntimo de su sér.

Pero, señoras, el gran modificador de la Naturaleza es el hombre. El que con la potencia de su numen supo escudriñar las leyes que rigen á las criaturas, él es el único que alcanzó á su arbitrio manejarlas. Por esto, do quiera que el ojo escrutador del naturalista extienda su curiosidad, ora registre la corona de hielo de los polos, ora contemple las fértiles llanuras de los trópicos, ora indague las hermosas regiones que el sol engalana en las tostadas zonas, en todas partes se encuentran vestigios de la dominación del hombre, doquiera aparece impresa su huella soberana, que restó indeleble á despecho de las generales devastaciones que de tiempo en tiempo arrasan la cara de la tierra.

La tierra, virgen cuando saliera de las aguas diluvianas, provista de abundante légamo de detritus organizados, se ha ido desjugando cuando el hombre la ha habitado por mucho tiempo, porque sus necesidades, que sin cesar le avivan, hanle obligado á acumular plantaciones y animales que, como él, á expensas de aquélla han medrado.

Pero no siempre el incentivo de la fertilidad ha convidado á la población de los terrenos; mas la intrepidez humana todo lo ha avasallado. Ved al tártaro y al calmuco en las dilatadas llanuras arenosas del Tibet, privadas de toda humedad, que ya no puede extinguir su ardiente sed en un oasis regalado, chupa la leche de los caballos que apacienta en la poca medrada vegetación que asoma apenas en la menuda arena. El árabe y el moro tampoco se atemorizan de atravesar los extensos arenales de Yemen, Senaar y Belidulgerid, á pesar de los remolinos de polvo incandescente que el *Simoun* levanta, amenazándoles con terrible constancia con el peligro de dejarlos sepultados en vida en aquellos desolados páramos; y hasta en los Karros de la Arabia, terrenos pedregosos donde sólo arraiga algún miserable fucus, veréis al cafre y al manaqués conducir á larguísimas distancias su ganado trashumante, que durante la peregrinación les sustenta con su leche y con su carne.

Pero en estos países tan desfavorecidos de vegetación, porque no hay un arroyo que fecunde los terrenos, ni corrientes que arrastren el sedimento arenisco que los cubre, el hombre arrostra una vida ociosa ó andariega, porque nunca puede emplearse el hierro de la labranza para revolver el mantillo vegetal de que carecen. Cuando, empero, el hombre fija su morada en las regiones felices en que la vegetación bebe en caudalosos ríos las linfas que son su sangre, la expansión que afecta el reino vegetal trasciende al espíritu, que entonces, contemplándose grande al mirarse en su propio derecho, adquiere celo por la propiedad, y aunque á veces oprimido por los fueros seño-

riales, adelanta intrépidamente por la vía de la civilización, si ya no es que la excesiva lozanía del terreno haga de todo punto inútil el trabajo, en cuyo caso los hombres se entregan á una holganza viciosa, que acarrea sin tardar el más estúpido embrutecimiento.

Así es que el género humano, que puede gloriarse de habitar todas las latitudes de la tierra, no con igual ventura alcanza sustraerse á las impresiones de los climas. Hay una interrumpida reacción que se efectúa entre las fuerzas del ingenio, que tiende á domar la naturaleza bravía, y el vigor de ésta que hace las más veces burla de tan encumbradas pretensiones; y así, mientras al parecer se avasalla para lamer del hombre la poderosa mano, estampa en su cuerpo el sello permanente del influjo sideral. De ahí se sigue que todos los pueblos de la tierra, ora moren en los elevados picos del Hymalaya, ora habiten las fértiles llanuras que guarnecen las faldas del Atlante, ya procedan de las descarnadas crestas de los polos, ya crezcan en los frondosos vergeles del Ecuador, en delicado tálamo de oro se entreguen al descanso sobre tomentosa pluma, bien la vacilante hamaca les meza en sus ensueños, ó acaso se repongan de la fatiga en el césped de los campos, siempre en la cara llevan los hombres estampada la patente de su origen y la impresión de la topografía en donde crecen.

Señores: concededme un momento de vuestra benevolencia para que veamos desfilan ante nuestra mente los diversos pobladores de la tierra. Ahí tenéis, procedente de Mogreb y de las cumbres de Atlante, al bárbaro ó berberisco, atontado por las frecuentes borracheras que se procura con los abusos del espumoso *buza*; disoluto hasta la postrera degradación, cruel, alevé y sin más ley que le someta que el código de la fuerza. El árabe se presenta grave, serio, cortés, y aunque ignorante y sencillo, ostenta, sin embargo, el flujo de una imaginación despejada, que le conduce á ufanarse de las glorias de su ilustre estirpe. Una fisonomía, aunque atezada, agradable, en la que campean unos rasgados ojos negros y una dentadura de marfil, caracterizan al moro, cuyo único alimento es el zumo que destilan las mimosas y astrágalos del desierto, y cuya afición comercial exagerada le conduce hasta traficar con sangre humana. El habitante de la Nubia, que á pesar de su cutis de caoba, pretende dimanar de blanca casta, como por otra parte lo atestiguan el sesgo de sus facciones y un lacio cabello, se encariña con las glorias de su patria, aunque llora bajo un despotismo sin tasa, que le usurpa sus haberes y sofoca su libertad con las más opresivas gabelas, y engendra el desvío en el hogar doméstico, y quebranta sin reparo los santos lazos del amor, que embelesan las familias. En el ardiente corazón del Africa, poblando las rancherías del Senegal, Siera Leona, Cuesta de Oro, el Congo, Angola y toda la Costa occidental de este Continente hasta el Cabo Negro, vive en una existencia miserable la raza negra, avasallada por tiranuelos estúpidos, sumida en la más ridícula idolatría, y expuesta siempre á la codiciosa rapacidad de sus vecinos, que, no contentos de arrebatarles el fruto de su trabajo, los amarran para hacerlos pieza de comercio, en el vergonzoso mercado de esclavos que fomenta el europeo. Todavía en la parte oriental de la inculta África, desde el río Magnizo hasta el estrecho Rabel-Mandeb, vegeta otra casta humana mucho más rebajada: la de los cafres: rama muy inferior de la casta negra, soez, estúpida, de herrumbroso rostro, lampiño cuerpo y diminuta estatura, que además de ser fieramente antropófaga,